

LAS GRIETAS DE UN LIBRO POLÉMICO

PUNTO DE VISTA SOBRE LA POLÉMICA EN TORNO A JOAQUÍN GARCÍA MONGE QUE MOTIVÓ EL LIBRO *LA IDENTIDAD MUTILADA*

FERNANDO HERRERA

Una semana antes de cumplirse 40 años de la muerte de Joaquín García Monge, el pasado 25 de octubre, *Ancora* de La Nación publicó un reportaje: *García Monge. De carne, hueso y polémica*. Tiene un subtítulo: “Un libro cuestiona al mito del hombre del Repertorio Americano”. Una foto composición lo retrata con la cabeza hacia abajo y el torso hacia arriba. Una imagen para la polémica.

Hace cuatro décadas también la hubo. La Asamblea Legislativa le otorgó el título de Benemérito de la Patria, no sin oposición después de un debate en el que unos pocos opositores cuestionaron su vida y obra. Hoy igual, en una fecha igual, pero distinto año.

Dos críticos de la revista *Repertorio Americano*, editada por García Monge durante los años 1919-1958, publican un libro, *La Imagen mutilada: García Monge y el Repertorio Americano 1920-1930* (Manuel Solís y Alfonso González. Un tercero aparece como partícipe, Rolando Pérez). Resultado: un García Monge negligente y ambiguo. El texto descubre grietas en la obra del maestro, intención indiscutible, pero desnuda las de los autores. Algunas escandalosas, a guisa: ponen a Arturo Torres Rioseco, poeta y crítico chileno como exdirector de la Escuela Normal, confundiendo con el Arturo Torres, costarricense nacido en Esparza. Hablan del “peninsular Rufino Blanco Fombona”; algo imposible salvo que tomemos a Venezuela como península de España y echáramos por la borda la Venezuela de Bolívar. Son detalles que revelan descuido en la investigación.

¿Qué novedad traen los autores? La de mayor bulto: ofrecen la imagen de un editor estático y prejuicioso. Más aún: el método que utilizan puede considerarse de arqueología crítica: estudian un período de la revista, diez años, y escarban. Metodología dispar de filología comparativa, pero ellos son, el uno sociólogo y el otro psicólogo. El trabajo de los investigadores estudia un lapso concreto, 1920-1930, y tal vez una pizca más. Los resultados parecen definitivos: García Monge propició el desconcierto, la desorientación, no tomó partido, no reaccionó con enojo y voz propia, no tuvo editorial, cómplice de la violencia, el fascismo, ignoró la faceta lúdica y erótica, careció de hilo conductor, amigo de Leopoldo Lugones y Ramiro de Maeztu. Por tanto, sospechoso y compañero de viaje. En resumen: el vaciamiento y banalización en la sociedad y la cultura costarricenses es obra de su labor en *Repertorio*. Mutiló nuestra identidad nacional.

Este trabajo nada inocente parece mielgo de otro de Jussi Pakkasvirta sobre la misma revista. Comparte postura, método e idéntico período con resultados iguales: el *Repertorio* no fue lo que era ni el editor hizo lo que predicó. En Pakkasvirta, mejor escrito, pero también cargado: “el editor tras bambalinas (es decir, oculto, sin escribir), ambivalente entre nacionalismo y continentalismo, patrocinador del mito de Costa Rica como “suiza centroamericana” y “fortaleza paradisíaca”, racista, dador de una visión idílica del país y de excepcionalidad, carácter mítico, imaginario y elitista del editor”. Este europeo de Finlandia publicó su trabajo en 1993. Según entiendo, investigador en la Universidad de Costa Rica al igual que sus colegas. ¿Será una simple coincidencia?

¿Qué hay de cierto en todo esto? Una verdad a medias. El estudio utiliza textos de autores representativos, Lugo-

nes, Maeztu, el incidente Chocano-Elmore, el propio García Monge editor, para realizar generalizaciones. Resultado: las fisuras de la obra e incongruencia del editor.

¿Son reales estas grietas? Algunas sí, pero sin imputárselas al editor. Fundada en 1919, en la revista se expresaron corrientes antípodas: los modernistas de 1900 y los disidentes del novecientos, la promoción de 1920. Los primeros, idealistas, arielistas y arribistas que no lograron dar con la raíz de los problemas de América. Idealistas que “bajo el disfraz idealista rindieron culto al materialismo”, según Luis Alberto Sánchez. Los de 1920 fueron más constructivos, sociales y vigilantes. Fueron idealistas con los pies en el suelo. Estas dos tendencias dispares, tal vez más la primera, rivalizaron en las páginas de *Repertorio* expresándose en muchas ocasiones agrias y contradictorias polémicas. Según los críticos, sin que el editor tomara posición.

Los autores demuestran estas incongruencias y otras

sin darle el cauce adecuado. Este diálogo de discrepancias fue real en la revista entre los herederos del modernismo, desiguales en sus posiciones, y los autores documentales de 1920, más firmes y orgánicos, que sospechosamente se ignoran en el libro. El contrapeso. Grieta enorme en estos días de aluvión. ¿Provocó desorientación esta contrariedad de ideas? ¿Estimuló el editor el desconcierto? Lo que sí fue real es que el editor no condenó las opiniones. “Que haya libertad de prensa y que las gentes puedan discutir”, dijo (Carta a Otilio Ulate, 20 de marzo de 1937). Este sentido de la tolerancia significaba comprensión y convivencia civil. “No tienen por qué desunir o enemistar las ideas”, señaló. La revista auspició la amistad y el diálogo discutiendo, no disputando. Algo difícil de comprender.

Joaquín García Monge como editor hizo posible el debate sin cortapi-

sas. Esta virtud parece haber sido un pecado, la grieta que los críticos creen haber descubierto como agua tibia. La revista cobijó la discordia sana, las ideas constructivas y hasta dispares para que el lector decidiera. Noble empeño. Algunos escritores pusieron esas ideas al servicio del pueblo y otros a su egoísmo, la autocracia, según su orientación o desorientación. Este régimen de opinión fue raíz de múltiples discrepancias. Ningún viento en popa. Repárese en esta cita del editor: “*Repertorio* no es siembra de odios... Es voz de alma, clamor de justicia. Puede estar errado pero con honor” (Carta a Roberto Brenes Mesén, 18 de agosto de 1930). Le sobra dignidad y civismo. Nunca le dio la espalda a la realidad, ni consintió la violencia, el fascismo o la sangre. En cuatro décadas, *Repertorio* fue centinela de la cultura. Actuó de buena fe y al lado de la justicia. El editor fue “ejemplo permanente y alto de maestro sin tacha”, dice Luis Alberto Sánchez. *Repertorio Americano* significó una tentativa por fijar el rumbo, o rumbos, en una época de dramática desorientación. Fue constructiva por las 16 páginas incluyendo las discrepancias y las voces airadas. Buscó la armonía compatible con la indignación y la lucha.

Asombra que en nuestros días se ignore esto y que existan algunos intérpretes que lo consideren negligente. De los errores, estuvo consciente: “Nadie se da cuenta mejor que yo de los errores y deficiencias del *Repertorio*”, dijo. Endilgarle más entenados es hilar delgado. En fin: los que ven árboles que derriben árboles. Tal vez así podrán ver el bosque.

“ Joaquín García Monge como editor hizo posible el debate sin cortapisas. Esta virtud parece haber sido un pecado, la grieta que los críticos creen haber descubierto como agua tibia. La revista cobijó la discordia sana, las ideas constructivas y hasta dispares para que el lector decidiera. ”